

EL ULTIMO PISO (Fiesta)

PREAMBULO APRESURADO PARA UN CUENTO

MAS que una explicación previa estas líneas quieren oscurecer un poco el relato que viene después. El cuento es un género literario siniestramente considerado. El diálogo tipo con el novelista pudiera ser éste:

—De forma que es usted novelista. Bueno, bueno. Si yo le contase mi vida, las cosas que me han pasado, usted podría hacer una gran novela.

Respecto del autor de cuentos, el diálogo puede ser éste:

—Con que cuentista, vaya. Usted sí que tiene cuento.

He escrito tan sólo una parte del diálogo, porque la otra parte es fácil de configurar. O'Connor dice que el cuento es un arte solitario y personal; y que el autor de cuentos no es un soldado en campaña, sino un guerrillero que libra los oscuros duelos de una gran batalla.

La verdad es que el escritor de estos relatos breves parte de lo que Synge llama el profundo y común interés por la vida. Lo que ocurre es que en la lectura de cuentos nos preguntamos muchas veces: ¿para qué se habrá escrito este cuento tan innecesario? Una novela tiene, suele tener, páginas importantes que salvan el resto; un cuento se perfila por entero, y se salva o se condena totalmente. Para mí, cuentista, el tema está en unas líneas que Novalis escribió para otra cosa, como resultado de la libre mezcla de lo relativo con lo absoluto, naciendo en el punto de contacto del capricho y la razón.



Creo que el cuento está hecho de eliminaciones, que el autor toma una peripetia y va quitándole alrededores hasta dejarla en la verdad vestida del cuento. Suele ocurrir que, en esa reunión de cuentos que es un concurso, llegan en número obsesionante los temas infantiles y pedagógicos, sin darse cuenta el remitente de que el cuento es, cuando lo es de veras, lo más alejado de la pedantería.

Graham Greene decía una vez que el tema de la novela no es su argumento, y es cierto. Pero resulta que el tema del cuento es fundamentalmente argumental, porque el cuento es un tris, un santiamen. El cuento es el más extraordinario periquete que pueda contarse, y por eso cuando alguien dice que el autor de cuentos camina hacia la novela ha dicho una tontería más o menos solemne, porque es el novelista quien, una vez avezado a relatar, llegará a la mayor vitalidad a través del cuento como resultado. La novela puede ser aquel espejo moviéndose a lo largo del camino de Stendhal, pero el cuento es un espejo cuyo cristal se ha roto, se ha hecho polvo.

Este cuento de *El último piso* es un cuento de homenaje a mí mismo, porque en él están todos los elementos de una larga obra menor, formada de cuentos, de artículos, de crónicas de radio, todo falto de esa condición necesaria para llegar al libro de otra manera que como acumulación.

El último piso es una fiesta. El autor lo ha pasado muy bien escribiéndolo. Hay escritores doloridos, para quienes una obra mayor o menor es una penosa faena, un triste condicionamiento. El autor, que va camino de la ancianidad, cree que escribir es una de las faenas más divertidas que puedan ejercerse en la zona del subdesarrollo, eso sí.



—¿Cree usted en lo lógico o en lo mágico?

—En ambos. La lógica es la magia que ha fracasado.

PEQUEÑO DIALOGO INNECESARIO

1

SE casaron en una tarde misteriosa, que era como todas las tardes, pero que para ellos significaba la tarde de la boda, cuando estar juntos cerca de la almohada cálida había dejado de ser pecado y podían usar la misma toalla para secarse el agua de la ducha. Lorenzo estaba aun cerca de esa primera sorpresa que es ver dormida descuidadamente a la mujer con la que se ha merendado muchas veces en la larga tarde del bar del domingo, con entradas para una película de amor que no llegaba a entender por entero. Ya estaban de acuerdo en multitud de cosas importantes, como el arte abstracto, las grandes toallas de baño y la marca de dentrífico.

La mujer parecía un poco mayor, por culpa de sus párpados teñidos de abeñula desde las tres en punto de la tarde, cuando los grifos de los lavabos producían apenas un hilo de agua. Mostraba los ojos pesados, dormijosos, como si se hubiese pinchado con la aguja de la Bella Durmiente del Bosque. Pero Lorenzo la despertaba enseguida, antes de que los relojes se pararan, con el beso del parpadeo. Había en Lorenzo algo de deportista, porque siempre se compraba las camisas con el cuello muy apretado y no tenía más remedio que dejarse sin prender el botón último, el que puede producir la muerte por asfixia.

Alquilaron un tercer piso en el extremo de la ciudad cuyas alturas no pasaban hasta entonces de esa tercera planta superpuesta.

—Me gustaría vivir siempre en el último piso —dijo Susana.

—¿Por qué?

—Ahora mismo no lo sé, pero creo que cualquier día lo sabré.



—Tendrás siempre un último piso.

Había en aquella vivienda una luminosidad interina. Porque ésta no era la primera vez en que se referían al futuro, y habían previsto cuidadosamente todo lo que se refería al porvenir. No tenía esa pequeña tristeza de las casas hechas para siempre, y casi todo era plegable, de manera que un traslado pudiera realizarse casi con vértigo. Hasta las macetas eran macetas de urgencia, con plantas capaces de repentizar sus pequeñas ramas y flores.

No guardaban revistas ilustradas, que es lo que más obliga a permanecer en un sitio durante mucho tiempo, porque no se sabe qué hacer con ellas.

2

LLA ciudad crecía, como esas niñas que de pronto dan un estirón y se convierten en muchachas un poco aturdidas por lo que acaba de ocurrirles, y que no tienen el recurso de la cultura sioux sobre la mordedura de una serpiente, como en un exótico paraíso personal. Aquella primavera estaban ya habitando un sexto piso, dentro de un nuevo edificio. Aún conocían a quienes cruzaban por la acera de enfrente.

—¿Eres feliz? —preguntaba Susana.

—Naturalmente —respondía Lorenzo—. Pero no debes asomarte tanto a la terraza.

—¿Por qué?

—Porque una terraza puede destruir a una mujer, sacándola fuera de sí.

Lorenzo tenía muchas intuiciones, y quizá fuese la principal aquella de habitar en la cresta de la ciudad, en la cumbre más alta sobre el nivel del mar.

—Me he enterado de que van a construir un edificio de doce pisos —decía Susana.

—Sí. Tenemos concertado el último.

Estaba cuidadosamente informado. Ambos eran nómadas singulares, que practicaban un alpinismo menor, sin necesidad de ponerse trajes de abrigo, porque eran los primeros en llegar hasta el piso más alto de la ciudad, sucesivamente. Contaban siempre con el piso terminal, con el de las goteras posibles, dispuestos a abrir en el cuarto de estar los paraguas solemnes de la tormenta.



En alguna ocasión les preguntaban :

—¿Y no salen ustedes a ninguna parte?

Siempre se preguntan tonterías, pero es que se daban cuenta de que Susana y Lorenzo vivían en el país de Ninguna Parte, a la búsqueda de las alturas; que eran los grandes escaladores de las cimas habitables, deportistas que escapaban del deporte porque no tenían contrincantes que emular, ni esos relojes del *récord* que nunca llevan la hora en punto del amor.

Seguían enamorados, a pesar de que Susana había empezado a usar unas pestañas postizas que casi dejaban el beso fuera de combate. Por eso Lorenzo le decía muchas veces :

—Tengo que besarte un día en el piso mil quinientos.

Se veían como astromoradores, más que como astronautas, y su aparato de televisión no solamente no tenía interferencias, sino que a veces veían extraños programas llegados de no sabían donde, captados algunas veces del futuro.

3

CADA vez que un ascensor les conducía al piso más alto la ciudad les parecía más bella, porque surgía repleta de lontananzas. Era como un bello rostro de mujer cuyo maquillaje remoto deshiciese la menor posibilidad de la arruga.

Ambos amaban la monotonía, porque quizá no hay nada tan hermoso como la monotonía, como saber lo que tenemos que hacer, aun apuntándolo en ese frágil devocionario de la agenda. Solamente los burgueses aman la aventura, porque necesitan olvidarse de su aridez mental. Amaban el orden, porque el desorden es un orden que nos irrita, que no tiene nada que decirnos. Despreciaban el aburrimiento, porque solamente se aburren los tontos, porque el aburrimiento es una impertinencia con uno mismo.

Quando Lorenzo regresaba, Susana le abrazaba un poco febril, con un apasionamiento casi clínico, igual que si en una posible gráfica de la temperatura surgiesen los picachos del último piso. Lorenzo lo había comentado alguna vez, con esa sonrisa donde el amor llegar a la ironía, que es sin duda la más viva manera del cariño :

—Susana, eres una mujer de invierno.



Ella iba adquiriendo esa belleza que cuenta con la memoria y la comparación desde la reticencia. Era el momento de las cremas vitaminadas, de los tónicos faciales, de las pastas nutritivas, de las leches vegetales, de los maquillajes de fondo. Había empezado a usar el sujetador de cuerpo, el que baja hasta la cintura.

La ciudad seguía creciendo, y ellos continuaban como moradores del último piso, separándose de la tierra, pero tan realistas como siempre.

4

—Me gustaría arrojar pronto, desde nuestra terraza, sobre una nube, las cenizas de mi cigarrillo —dijo Susana.

—Tendrás que llevar mucho cuidado, sobre todo en verano, porque entonces las nubes están muy secas, y pudieras dar lugar al fenómeno desconocido: la nube incendiada, que sería algo así como el platillo volante, pero más bello.

Susana buscaba esos ceniceros movedizos que nunca están donde se les dejara un momento antes, y que se fuman las colillas de los cigarrillos que se dejan allí para darles la última chupada.

—Cuando sea vieja —decía.

—No creas que resulta fácil envejecer viviendo siempre en el último piso de la ciudad —respondía Lorenzo—. Se envejece en un bajo, o en un tercer piso. Pero en el piso quince empieza ya un crédito de juventud.

Seguían siendo los viajeros de los ascensores, los que navegaban para desembarcar en el muelle más alto. Lorenzo la besaba en los baches que suelen tener a veces la gran caja, como si rodase en un firme inseguro. Amaban los ascensores y hasta los súbitos accidentes de quedarse varados entre piso y piso, teniendo que apretar el rojo botón de la alarma, para que fuesen a sacarles de allí, como si hubiesen naufragado repentinamente. Si en aquel viaje repetido Lorenzo estaba junto a ella, Susana no sentía temor alguno. La verdad es que el tiempo seguía pasando, y ellos continuaban llegando siempre los primeros a la carrera del último piso. Susana soñaba con que a su muerte, desde la terraza inmediata, podría llamar a las puertas del Cielo.

Siempre tenían más horas de sol y casi veían como la lluvia crecía hacia abajo sin ser nunca raiz. La contaminación quedaba muy distante, y los



ruidos no se escuchaban. Apenas recibían visitas, porque a determinada altura la gente creía que vivían en el extranjero. Además, entre ellos y el mundo habitado siempre quedaban cuatro o cinco pisos que no se lograban alquilar o vender.

—No me explico como podéis vivir tranquilos. En caso de enfermedad es como si vivierais en el monte Pelado —decía una señora aficionada a la música.

—Bueno —respondía Susana— es que nosotros no nos ponemos enfermos.

—Hija, y a lo peor tenéis fantasmas.

—No.

Cuando Susana bajaba a la ciudad volvía enseguida a su último piso.

—Será por el ozono —dudaba el farmacéutico de la calle, que era amigo de Lorenzo.

—Puede ser. Pero la verdad es que desde mi ventana, a primera hora, cuando está la atmósfera limpia, veo Asia.

—¡Qué barbaridad! Como Cristóbal Colón.

Lorenzo cada vez tenía menos ganas de dejar su último piso, y en estas temporadas Susana estaba muy contenta de tenerle allí y no tenerle que hacer la escena de los celos sobre las posibilidades de la tarde.

—Esto es como una isla desierta —decía Lorenzo.

—No me extrañaría encontrarme por los pasillos tribus salvajes, cortadores de cabezas.

—O piratas buscando un lugar para esconder un tesoro.

—Parece que llaman al teléfono.

Cuando las voces llegaban hasta allí parecían cansadas, como si hubieran escalado a pie sesenta pisos.

—Si alguien nos oyera diría que así no se habla, que nuestra conversación es inventada o sacada del cine.

—¡Con el tiempo que hace que no hemos ido al cine!

—Hay que tener angustia, o sentirse incomunicado.

—Ya ves, y aquí pudiera estar el país de la ansiedad o de la soledad.

—Atrévete a decir lo que piensas.

—Mejor es que lo digas tú que lo sabes.

—Que éste puede ser el país del amor.

—No, eso no. Tú tienes mentalidad de paraíso, de separación.



Pero Lorenzo traía una noticia inesperada para Susana. Algo que no quiso decirle en el primer momento, recién desembarcado del ascensor. Era el *sberpa*, sin el abominable monstruo del último piso.

—¿Sabes que van a hacer un nuevo edificio?

—Siempre los están haciendo, ¡vaya una noticia! Los veo desde aquí a todas horas.

—Es que tendrá noventa y nueve pisos.

—¡Qué lastima! ¿Y por qué no cien?

—Una extravagancia.

—Sin embargo me gustaría ese piso noventa y nueve.

—Lo tenía previsto.

Susana no sabía realmente hasta que altura pudiera llegar. Eso sí, estaba decidida a no quedarse atrás, a ser la castellana del último piso, la moradora de las grandes alturas.

—Te besaré en el piso noventa y nueve.

Era la gran coleccionista de besos, y desde el piso tercero hasta el noventa y nueve tenía los ejemplares más distintos a la altura del nivel del mar. Lorenzo había hecho una gráfica donde la línea ascendía siempre cálidamente.

Era el gran viaje. Hay viajeros que insisten en la línea horizontal. Pero ellos contaban con el espacio, con la altura, con la subida, con la ascensión. Expedicionarios hasta el último piso de la ciudad, ambos iban a iniciar dentro de poco una nueva etapa.

